

LA BUSQUEDA DE UNA IDENTIDAD JAPONESA EN EL SENO DE LA COMUNIDAD INTERNACIONAL

Gisele Velarde La Rosa*

INTRODUCCION

Aniquilado militar, económica y políticamente en la Segunda Guerra Mundial, el Japón se convierte en la segunda potencia económica del planeta en menos de 50 años. Su poder económico, amenazador del poder americano, resulta una verdad indiscutible. Esta ascensión fulgurante de la economía japonesa ha llevado a los Estados a preguntarse durante los años 80 sobre cuál es el lugar que ocupa el Japón en el mundo y, por lo tanto, sobre su poder político en la esfera internacional. Su crecimiento económico en el plano universal nos lleva, indiscutiblemente, a plantearnos la pregunta de si el Japón puede o no constituirse en una futura superpotencia mundial.

La cuestión del Japón como futura superpotencia está a su vez íntimamente relacionada con la cuestión del Japón como potencia regional, cuestiones ambas que están centradas en el modelo que es o que pretende ser el Japón para el mundo. Precisamente, el presente artículo tiene como objetivo ir más allá de la situación económica y política del Japón contemporáneo, para centrarse básicamente en un análisis de su política exterior, que nos permita establecer si el Japón es o no -y en qué medida- un modelo para el mundo, y delimitar su rol dentro de la Comunidad Internacional.

1. LA POLITICA EXTERIOR JAPONESA

Durante largo tiempo, Japón tuvo como principio la separación de lo económico y lo político. Su política exterior estuvo entrelazada a su conducta económica y exenta de todo contenido político. Actualmente, momento en el cual el Japón es una potencia económica, esta distinción no es más aceptable y su status de gran potencia económica lo obliga a tomar otros roles en la escena internacional -a «asumir sus responsabilidades», o más bien responsabilidades en la escena internacional-; ya que si bien es evidente que el poder económico se presenta como una condición necesaria para que un Estado pueda constituirse en una superpotencia mundial, también lo es el que él no sea, de ninguna manera, la condición exclusiva.

* Licenciada en Filosofía (PUCP). Postgrado en Relaciones Internacionales, L'ecole des Hautes Etudes Internationales de París.

Para que un Estado se constituya en una potencia mundial se necesita -además del poder económico- poder ofrecer un modelo creíble al resto del mundo. Es necesario ser capaz de presentar valores universales, tener una visión global del sistema internacional y la voluntad de asumir el peso y las responsabilidades que ello conlleva. Dicho de otra manera, el control hegemónico surge cuando otros Estados «compran» o adquieren la visión del orden internacional que tiene el Estado hegemónico y la aceptan como propia; esto es, cuando ellos internalizan las normas y las orientaciones cualitativas del Estado líder y aceptan sus criterios normativos acerca de la naturaleza del sistema internacional.¹

En lo que al Japón concierne, su comportamiento en la escena internacional ha sido tradicionalmente guiado por cuatro factores que están relacionados entre sí. El primero de ellos es el sentimiento de una diferencia irreductible entre ellos y el resto del mundo. La incapacidad de sentir solidaridad hacia el no-japonés ha sido una constante en la historia nipona, que nos deja más bien la huella de la insensibilidad. Muestra de ello, es el poco impacto que han ejercido en el Japón las acciones de tipo humanitario llevadas a cabo por el mundo occidental, al igual que la indiferencia largo tiempo sentida hacia los organismos no gubernamentales.

Esta ruptura entre «ellos» y «nosotros», tan sentida en la sociedad japonesa, le ha impedido llevar a cabo políticas de ayuda humanitaria, cuyo fin sería la propagación de principios destinados a mejorar la condición de la humanidad entera. Porque sus valores le son particulares por definición, el Japón no ha sabido extender su poder en la sociedad internacional en relación a la búsqueda y propagación de valores universales. La historia de la política exterior nipona nos muestra su constante incapacidad para atribuirse una misión internacional.

El segundo factor podría ser caracterizado como el miedo crónico a la agresión externa. El sentimiento de vivir en un mundo peligroso es también congénito a un país para quien la gran mayoría de sus amenazas han venido del exterior. Este sentimiento es inseparable del miedo que produce el vivir en un pequeño país frágil y superpoblado, amenazado por eventos naturales, con líneas de comunicación vulnerables y sin recursos naturales. Esta conciencia de «ser víctima» se ha tornado repetidas veces hacia el exterior en agresión o se ha interiorizado en forma de auto-crítica masoquista.

Intimamente ligado al segundo aspecto y como resultado de ese sentimiento de estar «lanzado» en un medio hostil, el objetivo primordial de la política exterior japonesa será el de garantizar su seguridad. La constante en la diplomacia japonesa ha sido siempre, adoptar una actitud fundamentalmente defensiva, teniendo como objetivo la reducción de todo riesgo posible. De ello dan cuenta también, a nivel general, la modernización tecnológica y su aparato de producción que no son sino una respuesta a la colonización americana luego de 1945, teniendo como primera razón de ser el garantizar su seguridad.

El motor de la política exterior japonesa no será entonces otro que el de afianzar su seguridad, siendo esta una política esencialmente reactiva. La agresividad de la cual el Japón da prueba, no tiene como fundamento último una voluntad sistemática de dominación, fundada en la concepción de su superioridad, sino un sentimiento de miedo y vulnerabili-

1 Ver al respecto el interesante artículo de John IKENBERRY y Charles KUPCHAN. EN: "Socialization and Hegemonic Power". *International Organization*. 44,3. WOF & MIT, Summer, 1990, p. 285.

dad, que lo lleva a tratar de controlar lo más cerca posible un entorno que le resulta cada vez más vasto.

El cuarto aspecto -y esencial- que podría explicar la política externa japonesa, está íntimamente ligado a la alianza contraída con los Estados Unidos, luego de su derrota en 1945. El fin de la Segunda Guerra Mundial deja al Japón en una situación de peligro sin precedentes. Dos potencias comunistas han surgido a sus fronteras y los conflictos regionales se han multiplicado. Desarmado y vencido, el Japón debe comprar su protección, no teniendo otra alternativa que la sumisión incondicional a los Estados Unidos, tanto a nivel internacional como nacional, amenazando este último su identidad y su situación interna. Compleja y contradictoriamente, con el fin de reconstruir su identidad, el pueblo japonés se somete a la americanización total.

Para controlar el peligro externo como el interno el Japón tendrá un triple objetivo. En primer lugar, garantizar su seguridad internacional en el contexto creado por el enfrentamiento de bloques (Este-Oeste), asegurándose el mantenimiento de la protección americana. En segundo lugar, asegurar su seguridad dentro del bloque occidental, transformando la relación de dependencia unilateral con los Estados Unidos, en una relación de interdependencia y, finalmente, asegurar su seguridad regional, aumentando sustantivamente su influencia en sus vecinos no-comunistas².

Exento de medios militares -según su Constitución de 1946 que establece que el pueblo japonés renuncia para siempre a la guerra- y de instrumentos ideológicos, la economía se presenta como el único medio de que dispone para manejar el entorno internacional de acuerdo a su conveniencia. El crecimiento de la economía japonesa en la década 1960-70 lo vuelve dueño de su destino. Sin embargo, a nivel de la seguridad la historia es diferente: la situación se plantea distinta a través de los años pero es siempre la cuestión de la seguridad nacional el punto central de su política externa.

2. LA EVOLUCION DE LA DIPLOMACIA JAPONESA

La guerra del Golfo marca un hito en la política exterior japonesa. Es el inicio patente y real de una nueva actitud hacia el mundo, que comienza -como lo mostraron los diversos actos de la diplomacia japonesa en ese momento- no exenta de problemas pero con una voluntad de evolución. Muestra de ello, es el interés por los refugiados kurdos y la preocupación por el medio ambiente.

Dicha evolución se da tanto a nivel estatal como a nivel público. La experiencia de la guerra del Golfo nos deja la imagen de una evolución en la conciencia nacional japonesa que en realidad estaba ya presente desde los años 80 y que dicho conflicto no hizo sino evidenciar. Es el momento de una toma de conciencia respecto de la necesidad de tomar sus decisiones futuras desde un punto de vista más autónomo y objetivo. La idea de una consolidación, de una identidad japonesa se presenta a partir de ahora como un imperativo en la sociedad nipona³.

2 BOUISSOU, Jean-Marie. "Nain ou Futur Géant? Le Japon dans le nouvel ordre mondial". EN: *France Japon Eco*, N° 46, Paris: Chambre de Commerce et d'Industrie Française du Japon, Printemps, 1991, p. 42.

3 Entraríamos así a lo que Yukio Satoh denomina la "tercera ola" en la historia de la diplomacia japonesa, luego de

Las consabidas críticas occidentales contra una «diplomacia japonesa sin rostro», durante los años 80, toman ahora forma en la opinión pública nipona a través de la petición de una reforma de estilo en su diplomacia, que no gira ni en el sentido de un mejoramiento de la situación, ni en el de una consolidación de la identidad japonesa en el plano internacional. La sociedad japonesa pide que el Japón haga valer su propia apreciación y que tome iniciativas diplomáticas. Lo que se pide es una profundización del compromiso japonés en el seno de la Comunidad Internacional.

No obstante, cabe señalar que la definición de una identidad japonesa no sabría presentarse sin problema dentro del contexto internacional actual, donde las categorías de clasificación tradicionales se encuentran a menudo en suspenso - o en reformulación- desde el final de la guerra fría y donde la visión de un nuevo orden se hace esperar, así como el rumbo que tomaría ese nuevo orden, rumbo que estuvo bien delimitado durante la era bipolar americano-soviética.

Sin embargo, es posible percibir tres elementos que, desde el punto de vista de los dirigentes japoneses, caracterizan la situación creada por el fin del sistema de bloques. En primer lugar, está la incertidumbre que reinará durante los 10 ó 20 años necesarios hasta que Rusia y China alcancen una estabilidad económica y política. En segundo lugar, la imposición de la problemática del desarrollo, que reemplazará los enfrentamientos político-militares como amenaza principal para el orden mundial y, en tercer lugar, la globalización de los problemas, los cuales no podrán ser tratados sino bajo la acción conjunta de las grandes potencias⁴.

En esta nueva coyuntura internacional el Japón se plantea como objetivos: la reducción de las incertidumbres a nivel mundial, el refuerzo de los organismos internacionales y el crecimiento de su autoridad política, con el fin de hacer valer en adelante su propio acercamiento respecto de los problemas internacionales. Por otro lado, dentro de sus objetivos nacionales, ocupará un lugar primordial la recuperación de las Islas Kuriles ocupadas por Rusia⁵.

Llegado a este punto cabe que nos preguntemos cuál es la naturaleza de la identidad japonesa que se trata de propagar, cuáles son los ideales que busca dicha sociedad; en fin, cuál es el modelo que el Japón nos puede ofrecer. Este tipo de interrogantes son las que caracterizan al Japón contemporáneo, interrogantes que aún no han sido completamente respondidas, pero que comienzan a serlo desde el momento en que la sociedad nipona busca determinar los dominios en los cuales ella se siente capacitada y motivada para actuar de manera global.

Sobre la cuestión del modelo, comencemos por decir que el Japón es ya un modelo

su derrota en la Segunda Guerra Mundial. La primera abarcaría el período comprendido entre el fin de la Segunda Guerra y la restitución del archipiélago de Okinawa por los Estados Unidos en 1972. La segunda estaría caracterizada por las reuniones cumbres de los países más industrializados a partir de 1975. Ver: SATOH, Yukio. "Le Nouveau Courant de la Diplomatie Japonaise". EN: *Politique Étrangère*, N° 3, 56 ème, année, Paris: IFRI, Automne, 1991, p. 665.

4 INSTITUT FRANCAIS DES RELATIONS INTERNATIONALES. RAMSES 94, Paris: DUNOD, 1993, p. 152.

5 *Ibid.*

para el mundo, pero que es un modelo siempre relacionado a su poder económico. Es un modelo competitivo del contrato social que se traduce en una garantía de pleno trabajo, en un crecimiento económico constante, en un valor añadido en fuerte progresión y en un flujo de inversiones elevado en la tecnología. Dentro de este contexto, la preocupación esencial de su política externa ha sido el desarrollar e institucionalizar los sistemas de información a la escala del planeta⁶.

El otro aspecto del modelo se sitúa a nivel cultural. El Japón -al menos por el momento- no tiene ningún modelo cultural que ofrecer. Su modelo económico no conlleva ningún «mensaje». Los ideales que los japoneses tienen son un profundo amor por la paz y un gran respeto por la vida humana, pero estos ideales se han manifestado sobre todo al interior del país, pues fuera de sus fronteras se han mostrado a menudo agresivos y crueles⁷. Esta agresividad, está muy ligada al sentimiento que tienen de una diferencia irreductible entre ellos y el resto del mundo, ruptura que, como hemos visto, se manifiesta en la incapacidad de su diplomacia de concebir una política exterior cuyo fin sea la defensa o propagación de valores destinados a mejorar la condición humana.

Sin embargo, consciente de que la contradicción entre su enorme poder económico y su relativa debilidad política le impide establecerse como líder regional y mundial, la sociedad nipona se ve dispuesta a definirse universalmente en la escena internacional. Para ello, diversos pasos han sido dados en distintos campos. Tal es el caso de la ayuda pública al desarrollo (APD) que lo ha llevado a ser el primer país donante en 1992 con 11,6 billones de dólares⁸. De igual manera, cabe señalar que en la preocupación mundial por la ecología, su posición de líder debería ser privilegiada a causa de su propia experiencia en materia de medio ambiente. El desarme es otro de los campos de preocupación actual donde el Japón tiene qué decir, desde el momento en que se siente en la mejor de las circunstancias para defender dicha idea, a causa de su no-participación en el comercio de armas y de su rechazo a la guerra, según lo establecido en su Constitución de 1946.

La ayuda al desarrollo y la preocupación por el desarme, así como por el medio ambiente no son, entonces, sino los medios privilegiados a través de los cuales el Japón construye la imagen de un Estado deseoso de asumir sus responsabilidades en la Comunidad Internacional. Pero es sobre todo a través de la votación de la ley que favorece la participación de tropas japonesas en las misiones de paz de las Naciones Unidas -la ley PKO (Peace Keeping Operations)- donde el Japón le da un giro esencial a su participación en los asuntos político-militares. Dicha ley es la expresión notable de un interés por el mantenimiento de la paz y la seguridad mundiales. Su consecuencia será la voluntad de una revisión constitu-

6 Cabe señalar que la fuerte recesión económica que ha sacudido al Japón en los últimos tiempos y que muestra un cambio radical en la situación macro-económica del país explicitado por la caída de la bolsa y de los inmobiliarios, por la quiebra de múltiples empresas, por el endeudamiento bancario, sumado esto a la escandalosa corrupción política, responsable en gran parte de la salida del Partido Liberal Democrático (PLD) del poder en las elecciones del 18 de julio último- podría ser una crisis de la cual el Japón, como muchas otras veces, podría salir fortificado, o que, en todo caso, no amenazaría sustancialmente su poder económico.

7 Ver: SHIN'ICHI, Kitaoka. "Pour une Alliance tous Azimuts". EN: *Cahiers du Japon*, N° Spécial 1992, París: Japan Echo France, 1992, pp. 32-33.

8 No obstante, la disputa por las Islas Kuriles entorpece actualmente esta ayuda para desarrollo, ya que para el caso de Rusia el gobierno japonés exige como acto previo a toda ayuda a gran escala, la solución del conflicto territorial. Sin embargo, al menos por el momento, esta estrategia resulta inoperante.

cional, con el fin de poder asumir mejor sus responsabilidades en el nuevo orden mundial en gestación. La trascendencia de esta actitud es inigualable, ya que la Constitución pacífica de 1946 había permanecido hasta el momento intangible y como la piedra angular del orden político japonés desde el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo, el reclamo constante de un lugar dentro del Consejo de Seguridad -cuya adquisición tarda y sería absolutamente trascendental dentro del sistema internacional ya que implicaría el cambio de los estatutos de dicha organización- con el fin de hacerse oír dentro del foro central de decisión de las Naciones Unidas no es sino otra prueba más de su deseo de tomar iniciativas y un rol más activo dentro del seno de la Comunidad Internacional.

No obstante, la evolución de la diplomacia japonesa no se da sin tropiezos, ya que dichos avances no están exentos de fricciones con la administración americana, protectora única del Japón desde 1945 y que, en este momento de redefinición de las reglas de juego internacionales, se sitúa como la única y absoluta superpotencia mundial del planeta. Al respecto es necesario hacer algunas observaciones.

3. LAS RELACIONES DEL JAPON CON LOS ESTADOS UNIDOS Y CON LA ZONA ASIA

De lo dicho hasta ahora podría concluirse que los objetivos señalados en la primera parte de este trabajo se han cumplido ampliamente. El Japón ha sabido ganar su seguridad tanto a nivel mundial como regional y, de igual manera, ha sabido garantizar su seguridad dentro del mundo occidental. El crecimiento de su economía lo ha hecho en esta medida dueño de su destino.

La relación unilateral original con los Estados Unidos se convierte de facto en la relación bilateral más importante del mundo. La interdependencia económica de ambas sociedades es incuestionable y, más aún, los Estados Unidos se sienten amenazados por la «invasión» japonesa en sus mercados. La relación con la administración Clinton ocurre dentro de un marco de fricciones económicas las cuales son el elemento principal de tensión entre ambas sociedades. Dentro de este contexto el nuevo acercamiento sectorial sobre siete dominios⁹ iniciado por la administración Clinton, con el fin de corregir el desequilibrio económico que tiene con el Japón, encuentra serias dificultades en su aplicación.

En cuanto al aspecto político-militar la situación es menos favorable para la sociedad nipona. Si bien la fuerza económica japonesa ha llevado a dicha sociedad a pasar de una relación de hegemonía americana a una de bigemonía en el plano político -lo que lleva ahora a Tokyo justamente a plantearse opciones políticas a largo plazo- el Japón puede difícilmente prescindir de los Estados Unidos.

Tradicionalmente la rivalidad económica de las dos potencias estaba balanceada por

9 A saber equipos y construcción automovilística, materiales de comunicación, semiconductores, construcción, computadoras y supercomputadoras.

su solidaridad político-militar. Pero una vez desaparecida la amenaza soviética, su alianza no tiene mayor razón de ser. El lazo militar se debilita y Washington se desentiende del Asia por razones presupuestales. Ambas potencias se encuentran con el reto de buscarse nuevos intereses geo-estratégicos comunes con el fin de traspasar su enfrentamiento económico.

Si bien para los Estados Unidos no hay más una razón de peso para mantenerse militarmente en la Zona Asia y el solo hecho de afirmarse como superpotencia no justifica el gasto, para el Japón la presencia americana resulta indispensable -técnica y políticamente- para mantener el equilibrio en una zona llena de conflictos. El Japón es además la única potencia que no posee el arma nuclear, situación alarmante desde el momento en que se encuentra rodeado por sus tres vecinos nucleares: Rusia, Corea y China.

En cuanto a la Zona Asia la situación es bastante compleja y, como tal, requeriría de un ensayo propio que escapa a nuestro alcance y objetivo. Sin embargo creemos importante hacer ciertas precisiones, consistiendo la primera de ellas en decir que los países vecinos al Japón estiman la presencia americana como el mejor contrapeso al poder nipón en la región, y esto a distintos niveles. La posibilidad de que el Japón se establezca como «dueño del Pacífico» es una posibilidad temida en la zona pero no fácil de alcanzar. El análisis de las relaciones entre el Japón y los países del sudeste asiático nos muestra que, en última instancia, a lo que se tiende en la zona es a una interdependencia.

Comencemos por decir que los países del sudeste asiático constituyen una gran reserva de materias primas y que su exportación ha sido la clave de su desarrollo. La industrialización se presenta así como un imperativo y estos países se abren a las inversiones extranjeras así como a las políticas fiscales favorables. De esta manera, el Japón aprovecha y contribuye de manera decisiva al despegue económico y a la industrialización de estas sociedades. Los países del sudeste asiático se vuelven la plataforma más importante de acogida de las firmas japonesas y desde fines de los años 70, el Japón se convierte en el primer inversionista en la zona.

La influencia económica del Japón en Asia, particularmente a nivel del flujo comercial y financiero, nos lleva a hablar de la emergencia de una cierta dependencia política de estos países en relación al Japón, incitando a muchos a hablar de la organización de un bloque económico japonés -y eventualmente de una federación política- que podría responder a los otros dos bloques que son la Comunidad Europea y el Tratado de Libre Comercio.

Sin embargo, las cosas no son tan simples y el Japón guarda prudencia. Si bien es cierto que hay una predominancia económica japonesa en la zona y que esta acarrea de cierto modo su poder político, esto ocurre siempre dentro de los límites de las dos partes. Esta unificación regional -de la cual dan prueba las múltiples asociaciones existentes¹⁰ -

10 Encontrándose entre las principales la APEC (Cooperación Económica Asia-Pacífico) cuyo objetivo es reforzar la cooperación económica en la región y ser un foro de discusión de las tensiones comerciales, y ASEAN (Asociación de Naciones del Sud-Este Asiático) que tiene un acuerdo sobre preferencias arancelarias (16% de su comercio) buscando hacer un frente en las negociaciones con el exterior. Ninguna de ellas busca convertirse en un bloque comercial ni ser una estructura que busque una definitiva integración económica.

no tiene por finalidad la constitución de un bloque político-económico bajo la hegemonía del Japón, al menos no oficialmente ni por ahora.

Una política de bloques no resultaría interesante para el Japón. Por el contrario, le interesa que se propague el libre comercio multilateral. El Japón está íntimamente comprometido con los Estados Unidos y sus economías son interdependientes. «Si este «mercado común asiático» debiera desembocar en la constitución de un bloque económico, él no sería viable. Desde mi punto de vista, la cooperación regional debe ser una cooperación abierta al mundo»¹¹.

Por otro lado, la mayoría de los Estados de la región, buscan el buen mantenimiento de las relaciones nipo-americanas para su seguridad y, pocos de ellos, pensarían en aliarse al Japón en caso de un deterioro de dichas relaciones. A pesar de su predominio en la zona, la sociedad nipona sabe que sus relaciones con el sudeste asiático no sabrían ser una opción alternativa a sus relaciones con los Estados Unidos o con la Comunidad Europea.

De igual manera, no hay que olvidar que para establecerse en la zona como una potencia política el Japón tendría que arreglar sus cuentas con los países vecinos, a propósito de la historia traumatizante de los años 30 y 40. Asimismo hay que señalar que, a diferencia de sus vecinos, el Japón no posee ni materias primas, ni recursos energéticos ni productos alimenticios, y que como tal es un país pobre. La interdependencia llega en la actualidad a ser tal que la relación tradicional de dependencia económica hacia el Japón ha ido adquiriendo una dimensión de co-acción en el respeto de los equilibrios mutuos, donde la buena relación es necesaria para que ambos puedan alcanzar sus objetivos.

Esta interdependencia, a menudo sutil, se muestra en el seguimiento de los intereses comunes de industrialización y desarrollo que coexisten al interior de dichos países y a partir de los cuales, las distintas sociedades pueden apoyarse eventualmente en «el otro», con el fin de acceder a distintos fines políticos o para ser escuchados internacionalmente. La relación de interdependencia se presenta como fundamental para el equilibrio de la zona. Señalemos también, y para finalizar, que los vecinos del Japón ven la presencia americana en la zona como la mejor garantía contra un posible y futuro rearme de la sociedad nipona.

CONCLUSION

Con ciertas reservas en el ámbito regional, mas no en el mundial, el Japón se constituye como todo un modelo económico. Sin embargo, el manejo de su política exterior y su comportamiento internacional no hacen de él -al menos por el momento- un modelo cultural. Es evidente que el Japón conserva aún una visión muy japonesa del mundo. Sin embargo, importantes pasos están siendo dados para acceder al status de gran potencia global al que lo ha llevado su gran poder económico.

No obstante, cabe señalar, que el hecho que Japón «asuma sus responsabilidades» y que tenga una «visión universal del sistema internacional», como lo han exigido las poten-

11 Ver la entrevista hecha a Kiichi Miyazawa por P-A Donnet en "Du Monde au Général et du Japon en Particulier". EN: *Politique Internationale. Dossier Spécial: Japon*, N° 56, Paris: I. Berger Levrault, Gti, Eté, 1992, p. 14.

cias occidentales, no equivale necesariamente a que el Japón concuerde con los valores universales propios de la sociedad occidental. Si bien es cierto la presión mundial gira en torno a los valores consabidos y explicitados en la Carta de las Naciones Unidas, en el momento en el cual el mundo se mueve entre las fuerzas de la fragmentación y las fuerzas de la integración, el modelo cultural que el Japón presente al mundo podría no ser un modelo espontáneo y rápido que sirva a los intereses políticos de los Estados Unidos. La consecuencia de esa toma de conciencia, tan exigida por el mundo occidental, no presupone que los «futuros valores universales japoneses» sean los valores de la democracia occidental. Cuenta de ello, podrían dar expresiones como «buscar su identidad» y «definirse»: los alcances de ambas podrían ser más largos y distintos de lo esperado.